

si la pobreza existe en Cuba y entra a analizarla manejando distintos indicadores y marcando las diferencias de lo que son necesidades individuales y colectivas (educación, salud, seguridad social, etc.). Reconoce la existencia de grupos poblacionales que los académicos cubanos denominan “en riesgo de pobreza” por no contar con suficientes ingresos para satisfacer sus necesidades individuales.

La sección de Temas sectoriales cuenta con dos artículos sobre el turismo, un trabajo sobre el problemático tema de la agricultura y otro que se inserta en una de las temáticas más en discusión a nivel mundial que es sobre la economía del conocimiento.

En este trabajo, con el cual el libro cierra, su autor Víctor N. Quevedo argumenta que el compromiso de Cuba en la esfera social, en especial los avances educacionales, posiciona a la isla con una apreciable ventaja competitiva en relación a otros países del Tercer Mundo en el desarrollo de una economía basada en el conocimiento. Quevedo examina cuatro sectores basados en el conocimiento que han tenido un especial destaque en el universo económico de la isla: biotecnología, información tecnológica, comunicación, producción de energía y protección medioambiental.

Todas las contribuciones del libro tienen como elemento común que parten los análisis desde una perspectiva histórica, reconociendo las fallas del modelo económico vigente y comulgando con la necesidad de introducir reformas, aunque los autores difieren en el alcance y profundidad de dichos cambios.

En general los trabajos están muy bien escritos, con apreciable información estadística y se ubican como un buen precedente para analizar y comprender las medidas que comenzaron a implementarse a partir del 2011. Es por tanto un libro cuya lectura recomiendo.

**André Pierre Ledru. 2013. *Viaje a la Isla de Puerto Rico en el año 1797. Nueva traducción basada en la de Julio de Vizcarro de 1863*. Edición a cargo de Manuel A. Domenech Ball. San Juan: Oficina del Historiador Oficial de Puerto Rico. 561 pp. ISBN: 978-1-61790-038-9.**

*María Dolores Luque*  
Departamento de Historia  
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

**L**a sexta edición de la obra de André Pierre Ledru, titulada *Viaje a la Isla de Puerto Rico*, reviste un significado especial para la

comunidad académica y para todas aquellas personas interesadas en el devenir político, social y económico de Puerto Rico. Esta nueva edición a cargo de Manuel Domenech, investigador del Centro de Investigaciones Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales, se enriquece con sus propias anotaciones, las cuales se suman a las ya conocidas que hace Julio Vizcarrondo en el siglo 19. Cuenta también con un estimulante ensayo introductorio de la Dra. Libia González—profesora del Departamento de Humanidades de la Facultad de Estudios Generales—que provee el contexto histórico-cultural de la obra. Como si fuera poco, a iniciativa de Domenech, se incluye además la obra original en francés que se encuentra en la Colección Josefina del Toro Fulladosa, conocida como Sala de Libros Raros de la Biblioteca José Manuel Lázaro del Recinto de Río Piedras. La publicación recibió el apoyo de la Oficina del Historiador Oficial de Puerto Rico, cuyo director, el profesor Luis González Vales, ha sido un puntal en la reimpresión de obras clásicas de la historiografía puertorriqueña que están agotadas o que por diversas razones fueron relegadas al olvido. También destaca la generosa colaboración de los estudiantes del Programa de Traducción, Hery Gadiel Rivera Flores y Luis Armando Flores, que con entusiasmo y dedicación prestaron su ayuda al proyecto en la labor de contrastar la traducción al español con el original en francés. A los fines de aquilatar la importancia de esta obra, es preciso enmarcarla en los contextos histórico-culturales en que se publicó en el siglo 19.

La primera edición data de 1810, comprende dos tomos y fue publicada en París con un largo y explicativo título, a la usanza del siglo 18: *Viaje a las islas de Tenerife, Trinidad, San Tomas, Santa Cruz y Puerto Rico, ejecutado por orden del gobierno francés desde el 30 de septiembre hasta el 7 de junio de 1798, bajo la dirección del capitán Baudin para hacer las investigaciones y reunir las colecciones relativas a la historia natural*. La obra contiene las observaciones sobre el clima, la población, la agricultura, la producción, el carácter, las costumbres y el comercio de los habitantes de estas islas. A renglón seguido, se destaca que el autor de tales observaciones es André Pierre Ledru, a quien se identifica como uno de los naturalistas de la expedición, miembro de la Sociedad de las Artes de Mans, de la Academia Céltica de París, del Museo de Tours y ex profesor de legislación de la Escuela Central de la Sarthe. El viaje se enmarca dentro del espíritu científico que caracterizó el siglo 18, el siglo de las luces o de la Ilustración.

Durante este período se llevaron a cabo numerosas expediciones procedentes, en su mayoría, de Europa occidental las cuales obedecieron a la curiosidad individual y al gusto por la aventura, lo exótico, lo extraordinario. Prevaleció el interés por desarrollar aquellas ciencias que comenzaban a despuntar—la botánica, la zoología, la antropología—que

las exploraciones de regiones poco conocidas o vírgenes prometían enriquecerlas. Por otra parte, las monarquías europeas respaldaron y apoyaron misiones científicas, con el propósito de conocer con mayor precisión y detalles los contornos geográficos de sus dominios, descubrir nuevas riquezas que fuesen útiles para el comercio, la minería, la industria textil y la medicina, de manera que este cúmulo de conocimientos contribuyera a racionalizar la administración de los territorios coloniales. Como parte del proyecto, se hacía necesario conocer el carácter, las costumbres de los habitantes, sus relaciones políticas, sociales y económicas. Se desató la pasión por coleccionar plantas y animales que serían objeto de estudio en los museos de historia natural y los jardines botánicos que comenzaban a proliferar en Europa. Entre los viajes de exploración más conocidos cabe mencionar, a manera de ejemplo, los del inglés James Cook, los de los españoles Celestino Mutis, quien encabezó la Real Expedición Botánica al Reino de Nueva España, y el de Alejandro Malaspina y José Bustamante, alrededor del Mundo, sin olvidar al insigne alemán Alejandro Humboldt, quien intentó infructuosamente de unirse al que realizaba el ya famoso capitán francés Nicolás Baudin a América. El relato de la etapa final de este viaje es el que recoge la obra que reseñamos.

Carecemos de información sobre el impacto de la misma cuando se publicó en 1810, como ya mencionamos, en Francia. Dos años más tarde se imprimió en alemán, en la ciudad de Weimer, en Alemania. No fue hasta el 1840 cuando el puertorriqueño José Julián Acosta, quien para esa fecha estudiaba en París, la descubrió en los puestos de libros viejos, ubicados a orillas del río Sena. Su amigo y discípulo, Julio Vizcarrondo, se dio a la tarea de traducirla al español y anotarla, lo que hizo posible que en 1863 se publicase en Puerto Rico. Aparte de la amistad personal que compartían Vizcarrondo y Acosta, existían entre ellos otros lazos que los unía fuertemente: en el terreno político defendían la ideología liberal y condenaban el sistema esclavista, lo que les valió la persecución feroz del gobierno colonial. Vizcarrondo fue desterrado de la Isla, pero en lugar de ir a Madrid se dirigió a Estados Unidos donde se involucró aún más en los movimientos abolicionistas, llegando a ocupar el cargo de Secretario en el Comité Permanente de la Conferencia Internacional de París contra la esclavitud. No fue hasta el 1857 cuando regresa a Puerto Rico y el gobierno, bajo estricta supervisión, le permitió publicar el periódico *El Mercurio*.

Mientras tanto, a partir de la década de 1840, otros jóvenes criollos—entre los que se encontraban Román Baldorioty de Castro, Segundo Ruiz Belvis, Ramón Emeterio Betances—también marcharon fuera del país a cursar estudios en las capitales europeas—Madrid, París, Berlín. A ellos se sumó Alejandro Tapia y Rivera, quien fue desterrado a España debido a un conflicto con un Capitán de artillería. Este grupo,

según narra Tapia, se reunía todos los domingos para estudiar las “necesidades de nuestro querido país, tan olvidado y poco conocido en la Metrópoli”. Como resultado de esta inquietud, surgió la idea de crear un archivo propio, y con ese propósito, a iniciativa de Baldorioty de Castro, fundaron, en 1851, la Sociedad Recolectora de Documentos Históricos de San Juan Bautista de Puerto Rico. El fruto de esta importante tarea fue la publicación de la *Biblioteca Histórica*, bajo la dirección de Tapia, la primera colección de fuentes documentales sobre Puerto Rico. Con la aparición de esta obra, Isabel Gutiérrez del Arroyo, en su ensayo *Historiografía puertorriqueña*, señala que la historiografía puertorriqueña experimenta un cambio: “Se proyecta entonces la mirada al pasado tratando de encontrar en él los elementos constitutivos, las raíces acusadoras de la naciente personalidad nacional” (p. 18). Hasta ese momento las obras que se conocían pertenecían al género de la memoria o de la relación y respondían a una motivación externa. Su rasgo predominante era el pragmatismo, ya que el móvil fue informar a la metrópoli sobre diversos aspectos de la colonia. En palabras de Gutiérrez del Arroyo: “no nacen de una iniciativa espontánea, de un interés en la historia por la historia misma; tampoco provienen de una incoercible voluntad de conocer nuestro pasado, de esclarecerlo, de entenderlo y perpetuarlo en la obra histórica” (4). La nueva etapa que iniciaba la *Biblioteca Histórica* de Tapia se caracterizaría por su carácter científico, por el rigor metodológico de la fundamentación documental y la comprobación crítica de la misma. Otra característica que destaca es el criticismo erudito que los lleva a la consulta exhaustiva de autoridades con la voluntad de esclarecer la verdad histórica. Se concibe la historia como un proceso dotado de unidad, de continuidad y de complejidad .

Pero poner en práctica esta nueva visión confrontaba el escollo casi insalvable de la censura de las autoridades coloniales. En el Puerto Rico del siglo 19 se dificultaba escribir una historia del país que se conformara con los criterios trazados por esta nueva generación de intelectuales criollos. Mas el ingenio y la audaz imaginación tanto de Vizcarrondo como de Acosta lograron, en parte, superar y burlar la censura mediante el empleo de “inocentes” anotaciones de obras escritas por autores de la oficialidad. A Vizcarrondo le correspondió el mérito de ser el primero en ensayar esta treta con sus anotaciones al viaje de Ledru a la Isla y tres años más tarde (1866) Acosta seguiría su ejemplo al también anotar la *Historia, geográfica, civil y natural de la isla de Puerto Rico*, de fray Iñigo Abbad y Lasierra.

Volvamos la mirada al relato de Ledru. Desde 1786, el capitán Baudin había realizado una serie de viajes alrededor del mundo, cuyo itinerario comprendió los mares del sur, China, Indonesia y la India, el Cabo de Buena Esperanza hasta llegar en 1796 al Caribe. En estos

lugares logró reunir una valiosa colección de plantas, aves, frutas que se vio precisado a depositar en la isla de Trinidad debido a un huracán tropical que ocasionó destrozos a la nave en la cual viajaba, lo que indica los riesgos y peligros que ponían a prueba el intrépido espíritu de los expedicionarios. Un año más tarde, decidió regresar a Trinidad para recoger los restos de la colección. En esta ocasión, por encomienda del director del Museo de Historia Nacional de París, le acompañaban cuatro naturalistas, un médico, un geólogo y un botánico (Pierre Ledru), quienes recibieron instrucciones detalladas del profesor Jussieu, director del Museo de Historia Natural de París, en las cuales se asignaban los deberes y funciones de cada uno, confirmándose así el carácter científico y oficial del viaje. La carta que recibe Ledru le instruye específicamente que se ocupara de reunir objetos de botánica e historia natural con el propósito de formar colecciones que enriquecieran el Museo Nacional. Se le ordena disecar los ejemplares de plantas que le parezcan nuevas, consignar el nombre vulgar que se les daba a cada una, el suelo en que crecían, su altura, propiedad y uso.

La memoria de Ledru sobre el viaje captura rápidamente el interés del lector, que puede acercarse a ella de varias maneras: con interés científico, con interés histórico, con interés literario y también, por qué no, como un relato de aventuras ya que el autor comienza narrando los percances sufridos durante la larga travesía a América. Revela, pues, los peligros y sinsabores, como ya hemos señalado, que confrontaban los expedicionarios en este tipo de viaje. Partieron del puerto de Le Havre el 30 de septiembre de 1796 rumbo a las Azores, donde los sorprendió un huracán que los obligó a refugiarse en Tenerife. Luego de varias peripecias y cambiar tres veces de embarcaciones, llegaron a la isla de Trinidad para encontrar que los ingleses la habían tomado por lo que se les negó el permiso para recuperar la colección que el capitán Baudin había dejado. Decidieron entonces recalar sucesivamente en las islas danesas y en la de Puerto Rico. Llegaron a Santo Tomás el 29 de abril de 1797. No bien arribaron se enteraron que desde hacía doce días los ingleses sitiaban la isleta de San Juan. Tres meses más tarde por fin enfilaron hacia Puerto Rico. En la ruta fueron perseguidos por un barco corsario armado con 12 cañones. Llegaron a Puerto Rico el 17 de julio. Concluido el relato de las peripecias en las aguas caribeñas, Ledru comienza su exposición sobre Puerto Rico.

Esta memoria consta de una introducción y 11 capítulos. Una somera mirada a los títulos de los mismos revela que el autor fue mucho más allá de la encomienda que en su calidad de botánico se le asignó. Aparte de hacer un recuento detallado de la flora y la fauna de la Isla, como hijo de la Ilustración, le interesa conocer la vida de los criollos en todas sus manifestaciones. Por consiguiente, en varios de los capítulos

se afana por describir los usos y costumbres y el carácter de los puertorriqueños, la mezcla racial de la población, la educación, la arquitectura, la administración política y civil, el régimen eclesiástico, el comercio, las enfermedades y la gastronomía criolla. En fin, ofrece una mirada amplia del Puerto Rico de fines del siglo 18 por lo que constituye una fuente de consulta indispensable para acercarnos a ese período. Su escritura tiene una gran fuerza descriptiva. Tomemos como ejemplo la que hace de las carreras de caballo en la ciudad de San Juan:

Hacia dos días que este último espectáculo ocupaba la ciudad entera, que me pareció convertida en un vasto picadero. Una multitud de campesinos había concurrido para disfrutar de esta actividad. Imagínense de trescientos a cuatrocientos jinetes enmascarados o con trajes extraños corriendo por las calles ya sea solos o en numerosa compañía. Por un lado, muchos petimetres, disfrazados de mendigos, divertían a los espectadores con el contraste de los harapos que los cubrían y el rico arnés de los corceles que oprimían. Por otro, un grupo de jóvenes oficiales levantaba una polvareda. Se podía conocer a mucho franceses mezclados con ellos por su talante vivaracho y despreocupado. Su amable locura, variada bajo mil formas diferentes, esparcía a su paso risas y alegrías. (60)

Debido a ese poder descriptivo Ledru mantiene vivo el interés del lector aun cuando despliega su conocimiento de la botánica al ir clasificando la flora y la fauna que encuentra a su paso durante el recorrido que lleva a cabo por varios pueblos y regiones de la Isla. Lo que pudiera resultar páginas áridas para quienes esa rama de la ciencia les es desconocida, quizás hasta ininteligible, Ledru le imparte un sabor especial. La descripción que nos ofrece cuando se interna en lo que él llama los bosques de Aibonito y descubre la higuera de hojas de laurel (*ficus laurifolia*) es hermosa:

El sendero que seguíamos estaba bordeado de árboles de una altura y volumen extraordinario, entre los que distinguí la higuera de hojas de laurel. Sus raíces poco profundas pero horizontales y como acostadas en la tierra, sostienen un enorme tronco piramidal de siete a nueve metros de altura. Su copa coronada de hojas laureadas y del más hermoso verde, domina casi todos los árboles que la rodean. De la axila de sus ramas salen renuevos verticales, de color amarillo tostado que acaban por plantarse en la tierra. La higuera apoyada así en sus brazos que se asemejan a los brandales del mástil de una nave, desafía impune las tempestades. (75)

Ledru dedica el capítulo V a la historia de Puerto Rico, abarcando desde el descubrimiento de la Isla hasta el sitio de los ingleses a la ciudad de San Juan. Guiado por el cientificismo empírico de su época aplica a la historia el método de las ciencias naturales. Se preocupa por mencionar

las fuentes de aquellos datos sobre la Isla que no fueron resultado de su propia observación. Así, por ejemplo, indica que los hechos relacionados a la conquista de la Isla por los españoles los ha tomado de los cronistas de Indias (entre éstos, menciona a Herrera, Oviedo, Juan de Castellanos) y de la historia de fray Iñigo Abbad a quien sigue muy de cerca en otras partes de su relato. La historia de Abad y la memoria de Ledru, como testimonios del siglo 18, están estrechamente vinculadas en su contenido, dialogan entre sí, sobre todo si consideramos las afinidades que, como ya hemos señalado, existían entre los anotadores de ambas obras, Vizcarrondo y Acosta. Ledru, en su celo por la exactitud científica y por alcanzar el ideal de la verdad insiste en que se debe guardar objetividad ante los hechos. También como hijo de su tiempo es partícipe del optimismo en el progreso continuo de los pueblos. Expresa, pues, lo siguiente: "...he tenido especial cuidado de evitar manchar mi pluma, como se han permitido a sí mismos no pocos escritores con sarcasmos y epigramas contra el carácter de los españoles, los ministros y las ceremonias de su culto" (54). A continuación observa:

El historiador imparcial no debe emplear jamás en los cuadros generales de un pueblo, colores que tan sólo convienen a algunos individuos: me consta que las colonias que fundaron los europeos no se hallan todas a la misma altura respecto a la ilustración, industrias e ideas liberales. Las causas de estas diferencias dependen de la historia general de los progresos del espíritu humano y de la duración de ciertas instituciones dañinas al desarrollo de la razón. Sin embargo, en todos los pueblos civilizados, la mayoría de los ciudadanos es necesariamente virtuosa; si así no fuese, su organización habría de disolverse rápidamente. Por eso, las imputaciones injuriosas que tienden a mancillar la masa de una nación, caen entonces en falsedad y sólo prueban la maldad del crítico.

Pero, a lo largo de su relato, no siempre le fue posible guardar esa propuesta imparcialidad, como veremos.

En esta nueva edición la lectura se convierte en un contrapunteo de voces—la de Ledru, la de Vizcarrondo y la de Domenech—quienes desde la perspectiva de sus respectivos tiempos históricos narran, debaten y corrigen los hechos que en ella se consignan. Sin lugar a dudas, tenemos ante nosotros una obra que conjuga saberes de distintas disciplinas y de una remarcable erudición crítica. El texto de Ledru y las notas de Vizcarrondo y de Domenech—indispensables estas últimas para valorar el desarrollo de nuestra historiografía a lo largo del tiempo—se entrelazan para ofrecernos una historia compleja, rica, pero no por eso exenta de discrepancia, lo que nos remite a Anthony Grafton cuando en su libro *The Footnote. A Curious History* expresa: "Only the use of footnotes enable historians to make their texts not monologues but conversations, in which modern scholars, their predecessors and their

subjects all take part”(234).

La primera publicación de la obra en español coincidió con la implacable persecución política en la Isla contra destacados liberales abolicionistas, por ejemplo, Betances y Luis Padial Vizcarrondo son condenados al destierro, Segundo Ruiz Belvis es destituido de su cargo de Síndico del ayuntamiento de Mayagüez debido a sus ideas abolicionistas. Asimismo imperaba una fuerte censura sobre toda publicación por lo que los intelectuales criollos se valieron de las anotaciones para burlar la vigilancia de las autoridades. Sobre la importancia de este recurso, Gervasio García, en su estudio introductorio a la cuarta edición anotada de la historia de Abad, comenta lo siguiente : “la nota al calce se impuso como necesidad. Servía como vehículo para enderezar inexactitudes, colar el mensaje abolicionista y criticar al gobierno o dejar que el texto ajeno hablara por él” (17). Así, pues, Vizcarrondo emprende su proyecto de anotar el texto de Ledru. Ofreceremos algunos ejemplos de su perspicaz labor. Corrige errores o inexactitudes del botánico como, por ejemplo, las que se refieren a la geografía del país. Ledru señala que la Isla está bañada por cincuenta arroyos o ríos, a lo que Vizcarrondo riposta que el autor manifiesta poco conocimiento del país, pues Puerto Rico es uno de los países más favorecidos de corrientes de agua y sorprende que en sus estrechos límites puedan alimentarse más de mil doscientos arroyos y ríos. De igual modo, Vizcarrondo entra en controversia con el francés cuando éste se aparta de su propuesta imparcialidad, dejando entrever prejuicios al afirmar que el puertorriqueño es pobre y perezoso. El criollo protesta vehementemente contra esta afirmación, calificándola como injusta y vulgar. No solo la refuta sino que en su argumentación aprovecha, conforme a sus ideas abolicionistas, para destacar la importancia del trabajo libre en Puerto Rico. Anota lo siguiente: “...nuestros campos están cultivados por brazos libres que atienden con abundancia a su propio sustento, y que los nueve mil esclavos, que escasamente están dedicados a las faenas agrícolas en las haciendas de caña, no pueden ser los que produzcan los 6 millones de pesos que aproximadamente produce el país en azúcar, ron y mieles” (110). Otro pasaje digno de mención es el papel protagónico que Ledru atribuye a los 300 franceses presentes en la Isla cuando ocurrió el ataque de los ingleses a Puerto Rico. Vizcarrondo consistentemente omite las notas de Ledru que exaltaban la participación francesa en los sucesos y en una suya subraya con ironía que es de admirar la sangre fría con la que Ledru atribuye al puñado de franceses que se encontraba en el país todo el mérito de la defensa de la capital (141). Cada vez que Ledru utilizaba las palabras “habitantes de Puerto Rico”, él, con sentido de identidad, las sustituía por las de “puertorriqueños” o “borinqueños”.

En las primeras páginas de su traducción al español, Vizcarrondo,



atento al rigor de la censura, le advierte con sutileza al lector que:

Nada hay indiferente en la historia de los pueblos: sus datos al parecer de menos importancia, pueden ser antorchas luminosas que aparten las tinieblas de una tradición mal conservada, o hagan visible un hecho envuelto en la oscuridad de los tiempos: su revelación puede poner en nuestras manos el roto hilo de la historia y guiarnos con pie seguro por la extraviada senda. Por eso, aparte del mérito científico de la obra que me propongo verter a nuestra hermosa lengua castellana, he creído de no escaso interés los sucesos y cuadros que en ella se bosquejan y que son para nosotros una página hermosa de la última década del siglo diez y ocho. La obra de Monsieur Ledru será otra más de esos datos que, esparcidos hoy, caerán un día bajo el dominio de un hábil colector que se proponga encadenarlos y dar vida y movimiento a sus figuras históricas.

Creo que este es el papel que le ha correspondido a Manuel Domenech, quien se dio a la paciente y minuciosa tarea de contrastar página por página el manuscrito en francés con la traducción al español hecha por Vizcarrondo. De esa manera, con la ayuda de sus colaboradores, se percató de errores cometidos por este último en la traducción y, más aún, ciertas omisiones que hizo de palabras, frases y oraciones del original, como las que ya hemos mencionado acerca de la participación de los franceses en el ataque inglés. En otra parte del texto original, Ledru se regocija de haberse encontrado con el danés Hans West, a quien elogia e identifica como su amigo. La omisión de este pasaje por Vizcarrondo la aclara la investigación que hace Domenech del personaje: era un esclavista que en un escrito se había expresado en forma denigrante sobre los negros (67). Pero, lo más significativo del trabajo son las notas de Domenech al texto, (que aparecen como notas del editor) en las cuales añade, amplía, aclara y corrige información tanto del texto original de Ledru como de las notas de Vizcarrondo sobre personajes, hechos, incluso incursiona en el campo de la historia natural, apoyándose en estudios científicos clásicos y contemporáneos. En este proceso utiliza fuentes tradicionales, pero también recurre a las del mundo cibernético, brindándonos así una renovada bibliografía sobre esos temas.

Esta sexta edición del viaje de Ledru a Puerto Rico reitero que es un ejemplo de erudición crítica y de lo que se puede lograr en la academia cuando se conforma un excelente equipo de trabajo.